

YOM KIPPUR 1973

Victoria en el Filo de la Navaja



George W. Gawrych



ÍNDICE

Prólogo a la versión española	7
Prólogo del autor	13
La Blitzkrieg de los Seis Días	15
La estrategia egipcia	23
Las defensas israelíes en el Sinaí	37
Planificación Egipcia	43
Comienza la ofensiva	63
El segundo día	77
Se invierte la iniciativa	97
El fin de las hostilidades	119
Conclusión	133
Anexo	137
Bibliografía	151



PRÓLOGO A LA VERSIÓN ESPAÑOLA

La guerra árabe-israelí de 1973 constituye uno de los episodios más sorprendentes de la historia militar contemporánea, no tanto por la victoria “sobre el filo de la navaja” de las tropas israelíes como por las lecciones estratégicas que de ella se desprenden. Lejos de ser sencillamente un enfrentamiento convencional entre Estados rivales, en el que uno de los bandos termina como vencedor, esta guerra representa un conflicto en el que la relación entre victoria militar, percepción estratégica y resultado político, son diferentes a lo esperado. En este sentido, el estudio de George W. Gawrych ofrece una reflexión particularmente valiosa sobre un fenómeno recurrente en la historia militar: la incapacidad de los vencedores para adaptarse a un entorno cambiante tras un éxito rotundo.

La victoria israelí en la Guerra de los Seis Días de 1967 fue, sin duda, uno de los triunfos más espectaculares del siglo XX. En menos de una semana, las Fuerzas de Defensa de Israel (FDI) derrotaron decisivamente a sus adversarios, ocuparon extensos territorios y consolidaron una imagen de invencibilidad que trascendió el ámbito estrictamente militar. Aquella campaña no solo alteró el equilibrio estratégico en Oriente Próximo, sino que también configuró una determinada mentalidad en el seno del aparato militar israelí. La guerra futura se concebía, en consecuencia, como una reiteración del modelo precedente: rápida, decisiva y con un coste humano relativamente limitado.

Sin embargo, como demuestra la experiencia histórica, las guerras rara vez se repiten en los mismos términos. La confianza excesiva en los métodos que han conducido al éxito puede derivar en una peligrosa rigidez doctrinal. En 1973, Israel se enfrentó precisamente a este problema. La brillantez de 1967 se convirtió en una carga -un auténtico lastre conceptual- que condicionó tanto la evaluación de la amenaza como la preparación operativa.



Vista aérea de la carretera del paso de Mitla, salpicada de vehículos y blindados egipcios destruidos tras los ataques de la Fuerza Aérea Israelí.

La expectativa de una nueva victoria fulgurante, unida a la infravaloración del adversario, limitó la capacidad de respuesta ante una situación radicalmente distinta.

Frente a esta inercia, Egipto desarrolló una estrategia profundamente innovadora, tanto en el plano militar como en el político. Tras la humillación sufrida en 1967, el mando egipcio comprendió que una confrontación directa en términos convencionales estaba condenada al fracaso. La solución adoptada por el presidente Anwar el-Sadat no fue la búsqueda de una victoria militar decisiva, sino la articulación de una guerra limitada orientada a objetivos políticos concretos. Este planteamiento supuso una ruptura significativa con las concepciones tradicionales del conflicto armado, en las que la destrucción del enemigo o la conquista territorial constituían fines en sí mismos.

La operación egipcia de octubre de 1973 se diseñó, por tanto, como un instrumento de transformación estratégica. Su objetivo no era aniquilar al adversario, sino alterar su percepción de la realidad. Al infligir pérdidas significativas y demostrar la vulnerabilidad del sistema defensivo israelí, Egipto pretendía erosionar la confianza de su oponente y, al mismo tiempo, forzar una intervención diplomática de las grandes potencias, como sucedió en la crisis de Suez de 1956. En este sentido, la guerra se concibió como una extensión de la política por otros medios, en la más estricta acepción de Clausewitz, pero aplicada con una notable sofisticación en cuanto a la relación entre medios y fines.

Uno de los aspectos más destacados de este enfoque fue la capacidad egipcia para identificar y explotar las debilidades estructurales del sistema militar israelí. La superioridad



George W. Gawrych



Entrada a un punto fuerte israelí en la Línea Bar-Lev. 1970.

de Israel en inteligencia, poder aéreo y fuerzas acorazadas había sido determinante en 1967. Sin embargo, en lugar de intentar competir en esos mismos ámbitos, Egipto optó por neutralizarlos mediante soluciones asimétricas. El empleo masivo de sistemas de defensa antiaérea, la integración de armas anticarro en el nivel táctico y la cuidadosa planificación de la operación de cruce del canal de Suez constituyeron ejemplos de esta adaptación doctrinal.

El resultado inicial fue un éxito operativo notable. La sorpresa estratégica, lograda mediante una combinación de engaño y explotación de las expectativas israelíes, permitió a las fuerzas egipcias establecer cabezas de puente en la orilla oriental del canal y superar la línea Bar-Lev, considerada hasta entonces un obstáculo prácticamente infranqueable. Este logro, aunque limitado en términos territoriales, tuvo un impacto psicológico y político desproporcionado. Por primera vez desde 1967, el mito de la invulnerabilidad israelí quedaba seriamente cuestionado.

No obstante, el desarrollo posterior del conflicto puso de manifiesto las limitaciones de la estrategia egipcia. La incapacidad para sostener operaciones ofensivas más allá del paraguas de defensa antiaérea, así como la superioridad operativa israelí en fases posteriores de la guerra, condujeron a una situación militar muy difícil. Israel logró recuperar la iniciativa y obtener ventajas tácticas significativas, pero no pudo traducir estos éxitos en una victoria política inequívoca. De este modo, el conflicto de 1973 se cerró sin un desenlace claramente decisivo en el campo de batalla, pero con consecuencias estratégicas de gran alcance.

La principal de estas consecuencias fue la transformación del contexto político en Oriente Próximo. La guerra abrió el camino a un proceso de negociación que culminaría,

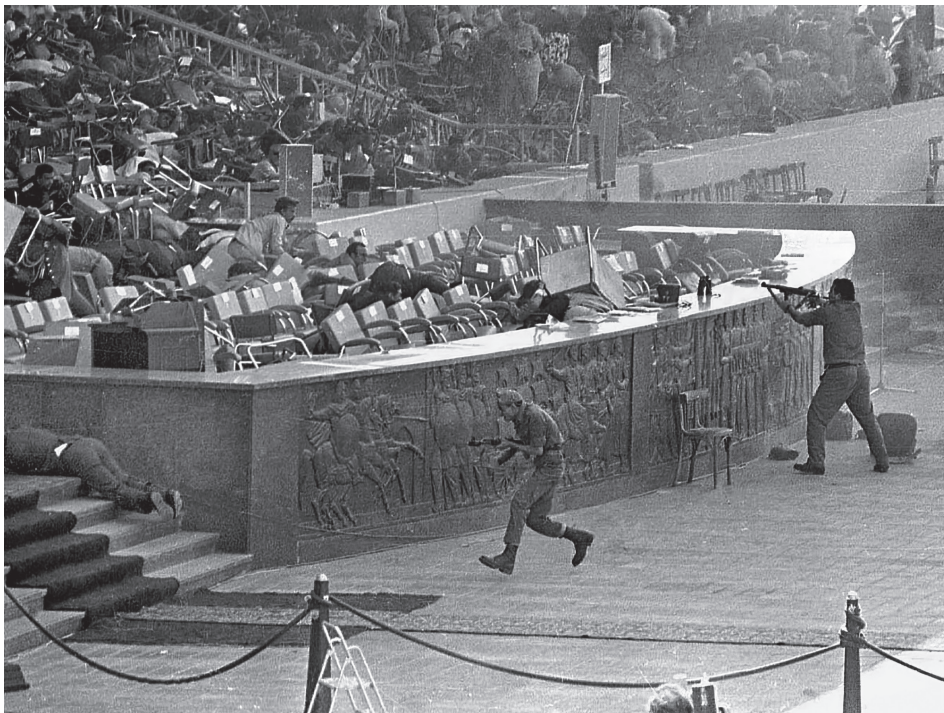


Yom Kippur 1973

años más tarde, en los acuerdos de paz entre Egipto e Israel. Paradójicamente, fue precisamente la limitada eficacia militar egipcia la que hizo posible este resultado. Al demostrar que el *statu quo* resultaba insostenible y que la superioridad militar no garantizaba la estabilidad, el conflicto obligó a todas las partes implicadas -incluidas las superpotencias- a reconsiderar sus posiciones.

Desde una perspectiva más amplia, la guerra de 1973 plantea cuestiones fundamentales sobre la naturaleza de la victoria en la guerra moderna. ¿Hasta qué punto puede considerarse victorioso un Estado que obtiene éxitos tácticos pero fracasa en alcanzar sus objetivos políticos? ¿Es posible lograr resultados estratégicos favorables sin una superioridad militar abrumadora? ¿Qué papel desempeñan la percepción y la psicología en la conducción de la guerra? Estas preguntas, lejos de ser meramente académicas, tienen una relevancia directa para el análisis de conflictos contemporáneos.

Asimismo, el caso israelí ofrece una advertencia clara sobre los riesgos de la complacencia tras una victoria decisiva. La tendencia a extrapolar las condiciones de un conflicto pasado a escenarios futuros puede conducir a errores de apreciación con consecuencias graves. La historia militar está jalonada de ejemplos en los que el éxito ha generado una falsa sensación de seguridad, dificultando la adaptación a nuevas realidades. En este sentido, el “lastre de la victoria decisiva” al que alude Gawrych no es un fenómeno excepcional, sino una constante que merece una atención particular por parte de los estudiosos



Asesinato de Sadat en 1981.



George W. Gawrych

y profesionales de la guerra. Baste recordar el caso francés tras la victoria en la Primera Guerra Mundial.

Por su parte, la experiencia egipcia ilustra la importancia de la coherencia entre objetivos políticos y medios militares. La definición de metas alcanzables, ajustadas a las capacidades reales, permitió a Egipto transformar una situación de debilidad en una oportunidad estratégica. Aunque el coste humano y material fue elevado, el resultado final valió, al menos en parte, la lógica de una guerra limitada concebida como instrumento de presión política. De hecho, Anwar el Sadat murió en un atentado yihadista consecuencia de la firma de los acuerdos de Camp David y el reconocimiento de Israel.

La guerra del Yom Kippur de 1973 no puede entenderse únicamente como un enfrentamiento entre ejércitos, sino como un complejo proceso en el que interactúan factores militares, políticos y psicológicos. El presente trabajo invita al lector a reflexionar sobre estas dimensiones, ofreciendo un análisis que trasciende la mera narración de los acontecimientos para adentrarse en las causas profundas y las consecuencias duraderas del conflicto.

A través de este estudio, se pone de relieve que la guerra, lejos de ser un fenómeno estático, evoluciona en función de las percepciones, las expectativas y las decisiones de los actores implicados. Comprender esta dinámica resulta esencial no solo para interpretar el pasado, sino también para anticipar los desafíos del futuro. En este sentido, la lección fundamental de 1973 permanece plenamente vigente: en la guerra, como en la política, la victoria no es un estado permanente, sino una condición siempre susceptible de ser cuestionada.

Rafael Rodrigo



PRÓLOGO DEL AUTOR

La deslumbrante victoria obtenida en la guerra de 1967 contribuyó decisivamente a la creación de un mito en torno a las Fuerzas de Defensa de Israel (FDI) y a su personal. Se asentó la expectativa generalizada de que cualquier conflicto futuro sería breve y con escasas bajas. Alcanzar una victoria decisiva en un corto período de tiempo, con pérdidas relativamente reducidas, se convirtió así en el ideal operativo de los ejércitos modernos en la guerra convencional.

La guerra de los Seis Días, librada entre el 5 y el 10 de junio de 1967, vio a las FDI lograr un triunfo militar de primer orden frente a los ejércitos combinados de Egipto, Jordania y Siria. Como resultado de este éxito, Israel se situó como la potencia dominante en Oriente Próximo, aparentemente invencible en la conducción de la guerra de maniobra frente a cualquier coalición árabe. Desde esta perspectiva, la lógica convencional aconsejaría evitar el enfrentamiento directo con un adversario de superioridad militar tan manifiesta. Sin embargo, Egipto y Siria asumieron ese riesgo al atacar a Israel el 6 de octubre de 1973, menos de siete años después de su derrota. Con plena conciencia de la desfavorable correlación de fuerzas, el presidente egipcio Anwar el-Sadat adoptó una estrategia de guerra concebida para alcanzar objetivos políticos sin necesidad de una victoria militar decisiva.

De este planteamiento se desprende una lección fundamental sobre los límites del poder militar. El impresionante éxito táctico israelí de 1967 no logró traducirse en una paz duradera con los Estados árabes. Por el contrario, la humillación sufrida reforzó la determinación de estos últimos. Al mismo tiempo, la victoria generó en el seno de las FDI una carga intangible pero significativa. El rendimiento excepcional de 1967 estableció un estándar de excelencia prácticamente imposible de reproducir en un conflicto posterior. Además, los mandos israelíes asumieron que sus adversarios árabes volverían a mostrar el



Paracaidistas israelíes frente al muro de las lamentaciones, una fotografía icónica tomada el 7 de junio de 1967 por David Rubinger durante la Guerra de los Seis Días.

mismo nivel de ineficacia observado en la guerra anterior. Lejos de identificar estas expectativas como un riesgo potencial, el aparato militar israelí cayó, de forma inconsciente, en la trampa de preparar la siguiente guerra conforme a los patrones de la anterior, y lo hizo bajo un clima de marcada autoconfianza.

Frente a ello, Egipto, bajo el liderazgo de Anwar el-Sadat, supo explotar con habilidad ese marco mental israelí mediante una combinación calculada de acción militar y diplomacia. El impacto inicial del ataque de 1973, caracterizado por su sorpresa y su elevada intensidad, unido a la hábil gestión política de Sadat y a la firme mediación estadounidense, contribuyó a modificar de manera significativa las percepciones y la política israelíes. Con el tiempo, un nuevo gobierno en Israel firmó un tratado de paz con Egipto que contemplaba la devolución íntegra de la península del Sinaí. Este acuerdo alteró de forma sustancial el equilibrio político de Oriente Próximo.

El logro egipcio invita a una reflexión prudente por parte de cualquier Estado que confíe exclusivamente en la superioridad de sus fuerzas armadas frente a posibles adversarios. Estados Unidos encaja claramente en esta categoría, especialmente tras la guerra del Golfo de 1991, en la que sus fuerzas, apoyadas por contingentes de otros países de la coalición, destruyeron al ejército iraquí en apenas cien horas durante la operación Tormenta del Desierto. Este conflicto presenta notables paralelismos con la victoria israelí de 1967 y ha generado expectativas similares dentro de la sociedad estadounidense respecto a la capacidad de sus fuerzas armadas para alcanzar victorias decisivas en plazos breves y con bajas limitadas.

A la luz de esta analogía, resulta evidente que se pueden extraer enseñanzas valiosas de un análisis detenido de la guerra árabe-israelí de 1973, considerada en relación con la experiencia previa de 1967. La comparación entre ambos conflictos permite comprender no solo las posibilidades, sino también las limitaciones inherentes al poder militar, así como los riesgos derivados de la extrapolación acrítica de éxitos pasados a escenarios futuros profundamente distintos.